

La Gran Comisión

Pastor Virgilio Zaballos

Indice

1. Introduccion
2. La Gran Comisión Comparada Y Ordenada
3. Como Se Llevó A Cabo En La Iglesia Primitiva
4. La Gran Comisión Y El Libro De Isaias
5. Los Enemigos Que Se Oponen A Ella
6. Obedecer Los Dos Grandes Mandamientos
7. Conclusiones

Jesús les dijo: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado será salvo; pero el que no crea será condenado. Y estas señales acompañarán a los que han creído: en mi nombre echarán fuera demonios, hablarán en nuevas lenguas; tomarán serpientes en las manos, y aunque beban algo mortífero, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán las manos, y se pondrán bien... Y ellos salieron y predicaron por todas partes, colaborando el Señor con ellos, y confirmando la palabra por medio de las señales que la seguían" (Mr.16:15-20).

Introduccion

La Biblia es un compendio de enseñanzas distribuidas por todo su contenido. Es semejante a una serie de grandes puzzles que tenemos que recomponer con la ayuda imprescindible del Autor: El Espíritu Santo. Esto es lo que ocurre con el tema de la gran comisión. Aparece en todos los evangelios y en el libro de los Hechos, por ello, es necesario que intercalemos los diferentes aspectos que componen este tema, y los pongamos en orden.

La gran comisión es mucho más amplia de lo que pensamos en principio. Abarca múltiples verdades que vamos a ir descubriendo para nuestro provecho. Es importante entender, ya al principio, que los acontecimientos que vamos a estudiar abarcan un periodo de cuarenta días. En ellos, el Señor se apareció en diferentes ocasiones a los discípulos, y les enseñó diferentes cosas (Hch.1:3). Todas ellas relacionadas con los principios que operan en el Reino de Dios. Los cincuenta días que transcurrieron desde la resurrección del Señor Jesucristo, hasta el día de Pentecostés, se dividieron de la siguiente forma:

- * De la RESURRECCION hasta la ASCENSION, pasaron 40 días.
- * De la ASCENSION hasta el día de PENTECOSTES, hubo 10 días.

Durante esos cuarenta días Jesús quiso dejar constancia y mostrar con toda claridad a sus discípulos lo que había sucedido. La resurrección de Jesús tenía que quedar bien clara, puesto que hasta algunos de los discípulos la ponían en duda durante un tiempo. Los enemigos la atacarían con fuerza. Por todo ello, "Jesús se apareció a Pedro, y después a los doce; luego se apareció a más de quinientas personas a la vez... después se apareció a Jacobo, luego a todos los apóstoles, y al último de todos, como a un nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí" (1 Co.15:5-8).

Vamos, pues, a enlazar y ordenar los acontecimientos, las enseñanzas de Jesús y los mandatos que dio a sus discípulos para que llevaran a cabo la gran comisión.

La Gran Comisión Comparada Y Ordenada

Como hemos dicho, la gran comisión aparece en los cuatro evangelios y en el libro de los Hechos. No aparecen todos los detalles en uno sólo de los evangelios, sino que ambos, todos juntos, forman la totalidad de los ingredientes de que está compuesta. Los pasajes que vamos a tener como base de cada libro son los siguientes:

Mateo 28:16-20;
Marcos 16:14-20;
Lucas 24:44-53;
Juan 20:19-23 y 21:15-17;
Hechos 1:1-11.

En dos de los pasajes (Mateo y Juan) aparecen los acontecimientos en los primeros días después de la resurrección. En los tres restantes aparecen al final de los cuarenta días que tardó el Señor en ascender a los cielos (Marcos, Lucas y Hechos). Veremos el proceso gradual que recorrieron los discípulos para llevar a cabo el mandato del Señor de la mies.

1. Duda, incredulidad y temor.

"Algunos dudaban" (Mt.28:17).

"Les reprochó su incredulidad y dureza de corazón" (Mr.16:14).

"Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros. Entonces, espantados y atemorizados,

pensaban que veían espíritu. Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos” (Lc.24:36-43).

“Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros” (Jn.20:19).

Los discípulos se habían llenado de temor por todo lo que había acontecido en Jerusalén. El temor se apoderó de ellos y no pudieron creer cuando oyeron las noticias de que Jesús había resucitado. El temor echa fuera la fe y la confianza, y atrae sobre nosotros la incredulidad más ruinosa. Jesús les reprendió por su incredulidad.

“Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado” (Mr.16:14),

y comenzó a sacarles de ese estado para que pudieran llevar a cabo la labor que les iba a encomendar.

2. La paz de Dios.

“Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros” (Lc.24:36).

“Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío... Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros” (Jn.20:19-21,26).

Jesús les dio este saludo, “Paz a vosotros”, cuando estaban sumidos en el temor. La paz de Dios echa fuera el temor de nuestros corazones y prepara el camino para la llegada de la fe que vence al mundo. “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (Jn.14:27).

3. Jesús les abrió el entendimiento.

“Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras” (Lc.24:45).

Con el corazón lleno de temor la mente se embota, se cierra, y nos impide entender las cosas de Dios. Este era el estado de los discípulos de Jesús. No podían comprender lo que había pasado por que sus vidas estaban llenas de temor. El Señor les libró del temor y les expuso las Escrituras de tal forma que su entendimiento se abrió, y por fin pudieron comprender.

“Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (Lc.24:32).

“Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía” (Hch.16:14).

El salmista dijo: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y luz para mi camino” (Sal.119:105)

“La exposición de tus palabras imparte luz; da entendimiento a los sencillos” (Sal.119:130).

4. Les dio pruebas convincentes.

“A quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios” (Hch.1:3).

“Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos” (Lc.24:39-43).

“Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor” (Jn.20:20).

El Señor tenía un propósito muy concreto con estas pruebas: que sus discípulos no tuvieran ni rastro de duda de la resurrección y las consecuencias que se derivan de ella. Jesús no escatimó para hacerles ver, a los que luego serían sus testigos de lo que habían visto y oído, que

las profecías se habían cumplido delante de sus ojos; les mostró sus manos y sus pies con las señales de los clavos; comió con ellos, para que no creyeran que era un fantasma; y se les apareció durante cuarenta días enseñándoles acerca del Reino. Jesús lo hizo de tal manera, que en la mente y en los corazones de los discípulos no quedó ni una sombra de duda acerca de la resurrección del Mesías.

En el libro de los Hechos vemos como dieron testimonio con gran poder de esta verdad: JESUS HA RESUCITADO. Este es el mensaje central del evangelio, de ahí que el Hijo de Dios dejara constancia plena de ello.

5. La promesa del Espíritu Santo.

“He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (Lc.24:49).

“Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo” (Jn.20:22).

“Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis Santo dentro de no muchos días ... pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hch.1:4,5,8).

Los discípulos no iban a quedarse solos, sino que Jesús mandaría la Promesa del Padre, osea, el Espíritu Santo, para que estuviera con ellos para siempre. Debían esperar su llegada en Jerusalén, y no salir antes de recibir el poder de Dios que les capacitaría para llevar a cabo la obra que se les había encomendado. Este es un aspecto central y de máxima importancia para llevar a cabo la gran comisión. Sin el Espíritu Santo la obra se hace infructuosa, estéril e imposible.

6. Les dio la autoridad de Su Nombre.

“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones” (Mt.28:18).

“Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas...” (Mr.16:17).

“Y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lc.24:47).

“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil.2:9-11).

“... La cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Ef.1:20-23).

Después de su obra acabada Jesús recibió un Nombre que es sobre todo nombre. Recibió toda autoridad en el cielo y en la tierra. En esa autoridad y en ese nombre debían moverse y actuar los discípulos, siendo los embajadores del Reino de Dios. El Nombre de Jesús ha sido dado a la congregación para que siga realizando las obras de Jesús en la tierra.

“De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré” (Jn.14:12-14).

La iglesia de nuestros días tiene que descubrir y saber usar la autoridad del Nombre de Jesús. Es un aspecto de vital importancia para llevar a cabo la gran comisión.

7. Los envié a ser testigos de lo que habían visto y oído.

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mt.28:19).

“Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Mr.16:15).

“Y vosotros sois testigos de estas cosas” (Lc.24:48).

“Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envié el Padre, así también yo os envío” (Jn.20:21).

“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hch.1:8).

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocantes al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Jn.1:1-3).

Una vez que los discípulos han sido bien equipados con la fe, la revelación de las Escrituras, el Espíritu Santo y la autoridad de operar en el Nombre de Jesús están suficientemente preparados para salir. Jesús es el que da la orden: ¡ID! Los discípulos son enviados como el Padre envió al Hijo. Esta orden tiene el respaldo de todo el cielo, toda la Deidad esta involucrada en ella.

¿A donde les envió el Señor?

¿A donde nos envía hoy?

* A toda criatura (Mr.16:15)

* A todas las naciones (Mt.28:19) (Lc.24:47)

* A todo el mundo (Mr.16:15) (Hch.1:8)

8. Lo que debían predicar.

Jesús no dejó ningún cabo sin atar. Les dio las instrucciones bien específicas y concretas.

“En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido” (Hch.1:1-2).

Estas son algunas de las instrucciones claras que el Maestro dio a los suyos para que predicaran y enseñaran.

El arrepentimiento.

“Y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lc.24:47).

“Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hch.2:38).

Este fue el mensaje de Juan el Bautista, fue el mensaje de Jesús al comienzo de su ministerio, y era el primer punto de predicación para los discípulos.

Pedro lo predicó el día de Pentecostés (Hch.2:38; 3:19).

Pablo lo predicó en todo lugar. "Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan" (Hch.17:30).

"Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él." (2 Co.5:18-21). También lo es para nosotros hoy.

El perdón de pecados.

"Y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Lc.24:47).

"A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos" (Jn.20:23).

El arrepentimiento para con Dios nos lleva a la limpieza de nuestros pecados. "Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; Para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio... Sabed, pues, esto, varones hermanos: Que por medio de él se os anuncia perdón de pecados" (Hch.3:19; 13:38).

"Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Jn.1:9).

Al predicar el evangelio los discípulos ponían en las personas la carga de arrepentirse, y como consecuencia de ello, quedar libres de sus pecados por el Nombre de Jesús. Es en este sentido que los apóstoles tenían en sus manos la llave para perdonar los pecados, o para retenerlos. De su obediencia al mandato del Señor dependía el que las personas recibieran el perdón o no.

"Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en

aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!" (Ro.10:13-15).

Por otro lado, es necesario que el oyente reciba el mensaje de la Palabra de Dios, de lo contrario queda fuera de ser alcanzado por la gracia de Dios.

"Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a este ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquel olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente? Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo" (2 Co.2:14-17).

No hay ninguna base en las Escrituras para ejercer un sacramento como la confesión al estilo "Católico-Romano". Los apóstoles nunca actuaron de esa forma. Tenemos un ejemplo claro de ello en el episodio de Simón el mago. "No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizá te sea perdonado el pensamiento de tu corazón; porque en hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás. Respondiendo entonces Simón, dijo: Rogad vosotros por mí al Señor, para que nada de esto que habéis dicho venga sobre mí. Y ellos, habiendo testificado y hablado la palabra de Dios, se volvieron a Jerusalén, y en muchas poblaciones de los samaritanos anunciaron el evangelio" (Hch, 8:21-25).

La salvación en Jesús.

"El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado" (Mr.16:16).

"Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hch.4:12).

La obra completa de Jesús limpia tus pecados y despeja el camino al Padre. "Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Jn.14:6).

La obra de Jesús nos da la seguridad de haber sido hechos salvos, y con ello, la garantía de la vida eterna. El Señor fue también muy claro en el caso contrario:

"... El que no crea será condenado. Dios no envió a Su Hijo al mundo para

juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él. El que cree en El no es condenado, pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el Nombre del Unigénito Hijo de Dios” (Jn.3:17-21).

Esto fue lo que predicaron los apóstoles. “Entonces Pablo y Bernabé, hablando con denuedo, dijeron: A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la deseáis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles... Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan... Pero al disertar Pablo acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, Félix se espantó, y dijo: Ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te llamaré” (Hch.13:46; 17:30; 24:25).

9. Lo que tenían que hacer.

Llevar a cabo la gran comisión no era, ni es, ir por todas partes predicando el evangelio y ya está. El Señor les dio un plan mucho mas específico y concreto.

Haced discípulos (Mt.28:19).

Tenían que reproducir sus ministerios en otros discípulos que siguieran la obra continuamente.

“Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe” (Hch.6:7).

“Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (2 Ti.2:2).

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Ef.4:11-16).

¿Cómo lo tenían que hacer? Bautizándoles y enseñándoles.

Bautizándoles.

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mt.28:19).

Este es el siguiente paso a la conversión para ser formado como un discípulo de Jesús.

Enseñándoles.

Apacentarles. “Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén” (Mt.28:20).

“Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas” (Jn.21:15-17).

Debían enseñar lo que ellos mismos habían aprendido de Jesús, no sus propias ideas u opiniones, si no las enseñanzas claras del Reino.

La Palabra de Dios nutre a los nuevos convertidos.

“Si esto enseñas a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo, nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido” (1 Ti.4:6).

Es el alimento para crecer en salud en todas las áreas de la vida cristiana. En la iglesia primitiva se dedicaban continuamente a “las enseñanzas de los apóstoles” (Hch.2:42).

Nosotros las tenemos recogidas en el Nuevo Testamento, y junto con el Antiguo, son la base de nuestra fe.

10. La compañía que tendrían.

No estarían solos. Jesús no les dejó abandonados a su suerte. El Señor ha cuidado todos los detalles. Jesús estaría con ellos todos los días hasta el fin del mundo.

“Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén” (Mt.28:20).

¿Cómo lo haría? A través del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo.

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Jn.14:16-18).

“Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Jn.16:7-14).

Vendría el Ayudador y Consolador.

(“Paracletos”. Uno llamado al lado para ayudar.)

Las señales que les acompañarían. “Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán. Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían” (Mr.16:17-20).

Como vemos, el equipo dado a los discípulos era tremendo. Al empezar a caminar en obediencia a la Palabra, iban a ir descubriendo todo el potencial que llevaban consigo.

11. Jesús los bendijo.

“Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo” (Lc.24:50,51).

Antes de dejarlos, el Señor los bendijo, dándoles sus últimas palabras de ánimo para que pudieran realizar la misión con gran éxito. Esto nos recuerda el momento cuando Moisés bendijo a las doce tribus de Israel antes de entrar a la tierra de provisión para conquistarla (Dt.33).

12. Los discípulos le adoraron.

“He aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron... Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaban” (Mt.28:9,17).

“Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén” (Lc.24:52,53).

Los cuarenta días estaban a punto de cumplirse y Jesús iba a marchar.

Los discípulos ya habían comprendido bien la Personalidad de Jesús.

Reconocieron que era Dios y le adoraron. ¿De que otra forma podían haberlo hecho si Jesús no fuera Dios? Esta es una de las pruebas de la Divinidad de Jesús; es Uno con el Padre, y los discípulos lo habían entendido. Ahora estaban dispuestos para entregar sus vidas por la misión que se les había encomendado.

13. Los discípulos tuvieron gran gozo.

“Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo” (Lc.24:52).

¿Que otra cosa podían experimentar?

Habían pasado muchas cosas desde las apariciones de Jesús en esos días. Los discípulos habían salido del temor y la duda para entrar en el gozo del Señor. Cuando la alegría está presente en el corazón del siervo el servicio se convierte en la dicha más alta.

“Servid al Señor con alegría” (Sal.100:2).

El camino para recibir el poder del Espíritu Santo estaba abierto, y la expectativa estaba subiendo a cotas muy altas. Pronto sus vidas serían definitivamente transformadas para convertirse en los testigos (mártires), de Aquel que había resucitado de entre los muertos, y les había dado la orden de ir por todo el mundo y predicar el evangelio.

14. Jesús subió al cielo y se sentó a la diestra de Dios.

“Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios” (Mr.16:19).

“Y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo... y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Ef.1:19-23; 2:6).

“El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas... Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?” (Heb.1:3,13).

La obra había sido terminada. Su misión había concluido en la tierra. Era el momento para los discípulos. Jesús les seguiría ayudando desde el cielo, enviando el Espíritu Santo e intercediendo por ellos. La iglesia debía anunciar la obra perfecta y acabada de Jesús en la tierra para beneficio de toda la Humanidad.

15. El día de Pentecostés.

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hch.2:1-4).

Jesús había sido glorificado, el Espíritu Santo descendió a la tierra como nunca antes lo había hecho. La profecía de Joel se estaba cumpliendo. Este acontecimiento marcó el inicio de la misión que el Señor había encomendado a los suyos. Los discípulos fueron llenos de valor y poder para hablar la Palabra. La gran comisión iba a iniciarse.

16. Salieron y predicaron por todas partes.

“Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén” (Mr.16:20).

El Espíritu Santo les impulsó a predicar el evangelio. La Tercera Persona de la Trinidad había entrado de lleno en la vida de los discípulos. Estos recibieron en su interior el fuego santo y salieron por todas partes a proclamar las buenas nuevas de salvación. La llenura del Espíritu es siempre para llevarnos a la acción en el Reino de Dios, no para deleitarnos en las manifestaciones espectaculares, sino para ser eficaces en la extensión de Su Reino a todas las naciones.

17. Dios confirmaba Su Palabra con las señales que la seguían.

“Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén” (Mr.16:20).

El cielo y la tierra trabajaban al unísono en la realización de los planes de Dios. El Señor confirmó Su Palabra con milagros, no las ideas religiosas, ni los mandamientos de hombres, sino Su Palabra. Dios no está comprometido con nuestras ideas, sino con Su Palabra. El pueblo debe moverse cuando la nube se levanta. (Nm.9:17-23).

La iglesia debe movilizarse en respuesta a las órdenes dadas desde el cielo. El Espíritu Santo es quién guía a la iglesia del Señor, por eso los discípulos deben estar entrenados en oír su voz y obedecerla.

De esta forma hemos puesto en orden, más o menos aproximado, todos los acontecimientos que tuvieron lugar en los cuarenta días que Jesús estuvo manifestándose a los suyos, hasta su ascensión; mas los diez días que siguieron hasta el derramamiento del Espíritu Santo. Es interesante notar la escala ascendente que se produjo. Pasaron de un estado de temor y duda a una vida llena del potencial divino, el fuego del Espíritu Santo, para llevar a cabo la misión que se les había encomendado.

La Iglesia de nuestros días debe hacer el mismo recorrido para llevar a cabo la gran comisión con eficacia. Hay que llegar hasta Pentecostés y salir por todas partes a predicar el evangelio, siendo acompañados por las señales que siguen a los que creen.

Como Se Llevó A Cabo En La Iglesia Primitiva

En parte ya hemos visto algunos detalles importantes de como se realizó la gran comisión en el primer siglo. Sin embargo, conviene recordar algunos aspectos que fueron el denominador común y la constante durante todo ese periodo. La iglesia de cualquier tiempo tiene la responsabilidad de redescubrir las verdades y los principios que fueron

puestos para siempre por el Señor, y confirmados por los apóstoles.

“¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad” (Heb.2:3,4).

Nuestra fe esta edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular (Ef.2:20).

Por ello, vamos a observar los pilares sobre los que se llevó a cabo la gran comisión en el primer siglo. ¿Cómo lo hicieron?

- * Orando unánimes
- * Recibiendo el Espíritu Santo
- * Predicando la Palabra
- * Edificando a los creyentes

Estos cuatro puntos resumen el libro de los Hechos de los Apóstoles. Son cuatro prioridades que no se pueden evitar para poder cumplir con la misión encomendada.

1. Orando unánimes.

“Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte que se llama del Olivar, el cual está cerca de Jerusalén, camino de un día de reposo. Y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Jacobo. Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hch.1:12-14).

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos (Hch.2:1).

La iglesia se reunió en un mismo lugar y con una misma meta. Tenían el mismo ánimo para hacer lo que Jesús les había mandado.

La oración siempre debe preceder al fluir de las actividades en una congregación.

Con anterioridad habían tenido diversas actitudes en cuanto a la resurrección del Señor, algunos habían dudado, pero en estos momentos toda la congregación era de un corazón y un alma.

“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y

ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común” (Hch.4:32).

No habían formado ningún “comité”, simplemente estaban unánimes. Esta clase de oración prepara el camino para el derramamiento del Espíritu Santo. La iglesia en los Hechos vivía en oración. No pararon nunca. Cada movimiento hacia delante era consecuencia de la vida de oración de la iglesia. Esta verdad sencilla, pero a la vez profunda, es la llave para realizar el plan de Dios en nuestro siglo y en nuestro país.

2. Recibiendo el Espíritu Santo.

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen... Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios” (Hch.2:1-4; 4:31).

Como resultado de la vida de oración de la iglesia vino el derramamiento del Espíritu Santo. Cuando llegó el día de Pentecostés seguían unánimes para recibir.

“Todos fueron llenos del Espíritu Santo...”

No dudaron de la Promesa del Señor, no resistieron la acción del Espíritu, sino que lo recibieron. Las barreras religiosas no tuvieron lugar en ellos, eran libres para recibir el poder de Dios.

Muchas iglesias no llegan nunca a este segundo paso. Oran y oran, pero cuando Dios envía el Espíritu Santo no lo reciben, porque no ocurre como ellos han pensado que debe ser.

Mas adelante, en el capítulo 4 volvieron a orar unánimes (Hch.4:24) y “todos fueron llenos del Espíritu Santo”.

¡Que gran lección para nosotros! Muchas iglesias no alcanzan nunca la unanimidad, siempre están tratando de controlar la acción del Espíritu Santo. Es un error fatal. Es la mayor piedra de tropiezo para impedir el avance del Reino de Dios en nuestro país. Si Dios derrama Su Espíritu y la iglesia lo rechaza el fracaso está asegurado.

“Recibiréis poder cuando venga el Espíritu Santo... y me seréis testigos...” (Hch.1:8).

En muchas ocasiones fue derramado el Espíritu en el libro de los Hechos. Las personas que lo recibieron fueron los que cambiaron el rumbo de la Historia y "trastornaron el mundo". En nuestros días vivimos en el tiempo cuando Dios ha vuelto a derramar Su Espíritu como nunca antes. Está derramado por todo el mundo. ¡No le resistas! ¡Recíbelo! Resiste al diablo, niégate a su actividad en tu vida y en la vida de la iglesia, resístele sometiéndote a Dios; pero recibe al invitado de honor de Dios: El Espíritu Santo.

3. Predicando la Palabra.

"Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: Varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras... Pero muchos de los que habían oído la palabra, creyeron... Y llamándolos, les intimaron que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús... porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído"
(Hch.2:14; 4:4, 18,20).

Una vez llenos del Espíritu Santo la boca se desató y comenzaron a hablar la Palabra. Esta expresión se repite por todo el libro de los Hechos: "predicaron la Palabra". Dejaron sus esquemas religiosos, abandonaron sus ideas y opiniones acerca de... y predicaron la Palabra. Era la Palabra lo que Dios confirmaba, la misma Palabra que recibían las multitudes. ¡Es tan fácil confundir nuestros pensamientos religiosos, ciertas doctrinas, etc. con la Palabra de Dios! La iglesia, a través de los siglos ha perdido esta verdad esencial y se han predicado "doctrinas de hombres". En nuestros días muchas veces se confunde el predicar la Palabra con la doctrina de "mi denominación". Muchos predicán la denominación en lugar de predicar a Cristo y Su Palabra.

Los discípulos del Señor predicaron la Palabra y ésta actuó sobre las multitudes, fue confirmada con señales y prodigios y con derramamientos del Espíritu Santo.

Nuestro país tiene que oír la palabra de Dios a través de aquellos que han sido llenos del Espíritu Santo y viven vidas de oración. La Palabra que saldrá de sus bocas cambiará la actitud indolente, de indiferencia, incredulidad y pecado que domina las mentes y los corazones de nuestros conciudadanos.

4. Edificando a los creyentes.

"Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en

las oraciones... Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común” (Hch.2:41,42; 4:32).

Una vez predicado el evangelio había que edificar a las personas que habían creído. Los discípulos comprendieron que no basta con predicar el evangelio, hay que enseñar a los nuevos, hay que cuidarles, apacientarlos y pastorearlos. Así que “los que habían recibido la palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil almas. Y se dedicaban continuamente a las enseñanzas de los apóstoles, a la comunión, al partimiento del pan y a la oración”.

Los que recibieron la palabra se congregaron. Estaban juntos. Algunas personas no entienden ni siquiera este paso esencial. ¿Cómo van a ser edificadas y desarrollarse sus vidas espirituales? ¿Cómo van a crecer saludables en el Señor si no aprenden a congregarse? Pablo, en sus viajes misioneros, levantaba iglesias locales para que los creyentes, los discípulos, tuvieran un hogar donde crecer; para luego empezar a dar fruto para la gloria de Aquel que los había salvado y rescatado. La iglesia en España tiene que aprender que no basta con campañas evangelistas, (aunque son necesarias), se necesita edificar iglesias locales donde los nuevos convertidos sean edificados en Cristo. No para que se queden sentados en un banco pudriéndose. ¡NO! Para que sean edificados, reciban todo lo que les falta y puedan ser útiles al Señor.

Esta es la meta de LA GRAN COMISION. No podemos quedarnos en algún punto anterior, tenemos que alcanzar los cuatro aspectos fundamentales de la obra que se nos ha encomendado. La iglesia primitiva llevó a cabo su cometido orando unánimes, recibiendo el Espíritu Santo, predicando el evangelio y edificando a los que recibían la palabra. Los avivamientos que ha habido a través de estos dos mil años de Cristianismo han tenido los mismos ingredientes. Lo que Dios está haciendo en muchos países y Continentes de nuestro tiempo tienen también los mismos principios en acción.

En España se necesitan los mismos pasos para llenar el país con el evangelio que es “poder de Dios”. Se necesita una vida de oración unánime, se necesita recibir el Espíritu Santo, y además se necesita predicar la palabra (sin tapujos religiosos), y además se necesita edificar a los creyentes en iglesias locales crecientes, sólidas y maduras. ¡Basta de divisiones, de inmadurez y de partidismos denominacionales! España vive proféticamente en estos pasajes de Isaías.

“He aquí, no se ha acortado la mano del Señor para salvar; ni se ha endurecido su oído para oír...” (Is.59:1).

“Despierta, despierta, vístete de tu poder, oh Sión; vístete de tus ropajes hermosos, oh Jerusalén (figura de la iglesia) ciudad santa... Sal del polvo, levántate, cautiva Jerusalén; Líbrate de las cadenas de tu cuello, cautiva hija de Sión” (Is.52:1,2). “Levántate, resplandece, porque ha llegado tu luz y la gloria del Señor ha amanecido sobre ti... sobre ti amanecerá el Señor, y sobre ti aparecerá su gloria...” (Is.60:1 SS.).

Es tiempo de vivir en oración, de recibir el Espíritu Santo, de predicar la palabra y de edificar a los creyentes en iglesias locales sólidas, maduras y que cambian el curso de la Historia de nuestro país.

La Gran Comision Y El Libro De Isaías

Personalmente creo que hay una gran similitud entre la gran comisión y el libro del profeta Isaías. No cabe ninguna duda que la profecía de Isaías tiene mucho que ver con la Persona de Jesús y Su obra:

- * Nacimiento (7:14; 9:6)
- * Familia (11:1)
- * Ungimiento (11:2) (61:1)
- * Carácter (11:3,4) (42:1-4)
- * Sufrimientos y muerte (53:1-12)
- * Reinado glorioso (11:3-16) (32:1-8)

El apóstol Pedro se refiere en su carta, entre otros, al profeta Isaías, cuando dice:

“... El Espíritu de Cristo dentro de ellos, predijo los sufrimientos de Cristo y las glorias que seguirían después de estos” (1 Pedro, 1:10-12).

El libro de Isaías es muy amplio y contiene muchas profecías, nosotros vamos a fijarnos en lo que entendemos está relacionado directamente con la gran comisión. Para ello, es necesario saber las figuras que encontramos en estos capítulos.

Jerusalén: Figura de la iglesia

Sión: Figura de los vencedores; los cristianos de vanguardia que hacen avanzar el Reino de Dios. Los pocos que traen bendición a los muchos. Dios siempre ha usado este principio.

En los capítulos que van desde el 40 hasta el 66 podemos encontrar tres temas principales que resumiremos de esta manera: Salir del temor, para conocer la grandeza de Dios y conquistar las naciones. En ellos podemos apreciar la similitud que existe con el desarrollo de los acontecimientos que tuvieron lugar en la vida de los apóstoles y que vimos anteriormente.

1. Salir del temor.

(Is.40:9; 41:13; 43:1,5; 44:2,8; 51:12,13; 54:4)

“Súbete a un alto monte, oh Sión, portador de buenas nuevas; levanta con fuerza tu voz, oh Jerusalén, portadora de buenas nuevas, levántala, no temas” (Is.40:9).

“No temas, yo te ayudaré” (Is.41:13).

“No temas porque yo te he redimido” (Is.43:1).

“No temas, porque yo estoy contigo” (Is.43:5) (41:10).

“No temáis el oprobio del hombre” (Is.51:7, 12,13).

“No temas, pues no serás avergonzado” (Is.54:4).

Fue lo primero que experimentaron los discípulos después de haber visto resucitado a Jesús: la liberación del temor. El temor nos impide ver la grandeza de Dios y Sus posibilidades. El temor arruina al pueblo. Dios está muy consciente de esta verdad, sabe que Su pueblo tiene que ser liberado del temor para poder realizar Su Plan. El temor paraliza al ejército del Señor e impide avanzar el Reino.

2. Conocer la Grandeza de Dios.

(Is.40:12-31; 42:5,8; 43:10,11; 44:6; 45:5, 6, 21,22; 46:3,4)

Cuando el temor nos ha abandonado, la luz de Dios alumbrá nuestros ojos para ver y entender Su Grandeza. De esta manera comprendemos lo necio de temer cuando se confía en un Dios tan grande. La confianza echa fuera el temor. Así ocurrió en la vida de los apóstoles. Vivían atemorizados, pero cuando vieron a Jesús resucitado y se convencieron de su poder y grandeza, supieron que habían confiado en el Dios Todopoderoso. Ni siquiera la muerte pudo con su Dios (Hch.2:22-24).

Esta verdad gloriosa les dio el valor que no tenían y la visión de las naciones comenzó a florecer en sus corazones. Podrían cumplir con el mandato de ir por todo el mundo y a todas las naciones, puesto que Su Dios era el Dios de las naciones. Este es el principio que encontramos en el libro de Isaías. Regocíjate meditando en la grandeza de Dios.

“He aquí, las naciones son como gota en un cubo, y son estimadas como grano de polvo en la balanza; he aquí, El levanta las islas como el polvo fino... Todas las naciones ante El son como nada, menos que nada e insignificantes son consideradas por El” (Is.40:15-17).

“... Para que me conozcáis y creáis en mí, y entendáis que yo soy. Antes de mi no fue formado otro dios, ni después de mí lo habrá. Yo, yo soy el Señor; y fuera de mi no hay salvador” (Is.43:10,11).

“Así dice el Señor, el Rey de Israel, y su Redentor, el Señor de los

ejércitos: Yo soy el primero y yo soy el último, y fuera de mi no hay Dios” (Is.44:6).

¡Que paralelismo con la Persona y Obra de nuestro Señor Jesucristo! ¿Quién es el primero y el último? El Señor Jesús, el que envió a los discípulos a todas las naciones a predicar el evangelio (Ap.1:8,17) (Hch.4:12).

Cuando los ojos del corazón se abren para conocer a nuestro Dios, entonces la gran comisión se abre camino a todas las naciones. Medita en estas otras Escrituras.

“... El pueblo que conoce a su Dios se mostrará fuerte y actuará” (Dn.11:32)

“Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento” (Os.4:6,14; 5:4).

“Conozcamos, pues, esforcémonos por conocer al Señor...” (Os.6:3)

“Porque mas me deleito en la lealtad que en el sacrificio, y mas en el conocimiento de Dios que en los holocaustos” (Os.6:6).

“Simón Pedro le respondió: Señor, ¿A quien iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tu eres el Santo de Dios” (Jn.6:68,69).

“... Yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por quién lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo... Y ser hallado en él... y conocerle a él...” (Fil.3:7-10).

“... Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro...” (Ef. 4:13)

“Pidiendo que Dios os de espíritu de sabiduría y de revelación en un mejor conocimiento de él...” (Ef.1:17).

3. Conquistar las naciones.

(Is.42:5-9; 45:21,22; 49:5,6; 49:22; 52:10; 60:1-3; 62:1, 2, 6,7; 66:7-9, 19,20).

El resultado de ser libres del temor y conocer la grandeza de Dios es, sin duda, conquistar las naciones con el evangelio. Esta es la meta de la gran comisión. El Espíritu Santo está derramando una unción fresca y poderosa por toda la faz de la tierra. Vivimos en el tiempo de levantar las cabezas y ver las naciones conquistadas para el Reino de Dios. También el desafío es mayor que nunca antes. Medita en los pasajes que hemos anotado del

libro de Isaías y deja que el Espíritu Santo opere en tu espíritu y te de la visión de las Naciones para el Señor.

“Y ahora así dice el Señor... Poca cosa es que tu seas mi siervo, para levantar las tribus de Jacob y para restaurar a los que quedaron de Israel; También te haré luz de las naciones, para que mi salvación alcance a los confines de la tierra...” (Is.49: 5,6).

“El Señor ha desnudado su Santo brazo a la vista de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación de nuestro Dios” (Is.52:10).

“Levántate y resplandece, porque ha llegado tu luz y la gloria del Señor ha amanecido sobre ti... sobre ti amanecerá el Señor, y sobre ti amanecerá su gloria. Y acudirán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu amanecer...” (Is.60:1-6).

“Por amor de Sión no callaré, y por amor de Jerusalén no me estaré quieto, hasta que salga su justicia como resplandor, y su salvación se encienda como antorcha. Entonces verán las naciones tu justicia, y todos los reyes tu gloria...” (Is.62:1,2).

Los Enemigos Que Se Oponen A Ella

El Señor Jesús previno a los discípulos que encontrarían oposición al llevar a cabo su labor.

“He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles. Más cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo. Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra; porque de cierto os digo, que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre. El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa? Así que, no los temáis; porque nada hay encubierto, que no haya de ser manifestado; ni oculto, que no haya de saberse. Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que

oís al oído, proclamadlo desde las azoteas. Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mt.10:16-28).

Cuando un discípulo del Señor entra a formar parte de la obra de evangelización a todas las naciones, comenzando en su propia Jerusalén (familia, amigos, su pueblo, su ciudad), entiende con más claridad la lucha que existe entre el reino de las tinieblas y el reino de la luz. Por ello, el Señor preparó y equipó a los suyos con las armas y la capacidad necesaria para realizar la obra.

Pues bien, los enemigos que podemos enumerar son muchos, nosotros meditaremos sólo en los que nos parecen los más significativos: Los principados y potestades, los gobiernos de las naciones, las autoridades religiosas, la incredulidad.

1. Los principados y potestades.

Cada país o nación tiene influencia de los principados y potestades espirituales. Las huestes de maldad ponen su sello sobre la nación y dan muchas de las características de su personalidad. Las personas le dan el nombre de cultura de mi país, o se conforman con pensar: “En España somos así”.

Jesús nos enseña lo siguiente: “Cuando un hombre fuerte, bien armado, custodia su palacio, sus bienes están seguros. Pero cuando uno mas fuerte que él lo ataca y lo vence, le quita todas sus armas en las cuales había confiado, y distribuye su botín” (Lc.11:21,22).

Pablo nos enseña que el lugar de nuestra batalla “no es contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores del mundo de tinieblas, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestes...” (Ef.6:12).

Después, el apóstol menciona las armas que tenemos para vencer al enemigo, y que son indispensables para llevar adelante la gran comisión en nuestro país.

El profeta Isaías lo expresa de la siguiente manera: “¿Se le podrá quitar la presa al poderoso, o rescatar al cautivo del tirano? (El diablo).

Ciertamente así dice el Señor: Aún los cautivos del poderoso serán recobrados, y rescatada será la presa del tirano; con el que contienda contigo yo contendere, y salvaré a tus hijos. Haré comer a tus opresores su propia carne, y como con vino dulce, con su sangre se embriagarán; y toda carne sabrá que yo, el Señor, soy tu Salvador y tu Redentor, el Poderoso de Jacob” (Isaías, 49:24-26).

2. Los gobiernos de las naciones.

La Biblia nos enseña a orar por los gobernantes de nuestro país. ¿Por qué? Porque, sin duda alguna, ellos son las personas que los principados y las potestades escogen como blanco para lanzar su influencia al país. La iglesia tiene la responsabilidad de luchar en oración por las autoridades, "para que podamos vivir una vida tranquila y sosegada con toda piedad y dignidad" (1 Ti.2:1-4).

Por otro lado, son los gobiernos los que tienen gran influencia a la hora de abrir las puertas para el evangelio, o cerrarlas; su actitud tiene mucha influencia sobre millones de personas. Por supuesto que es el Señor Jesucristo el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre (Ap.3:7).

Cuando él interviene directamente los Gobiernos caen o son puestos. Sin embargo, Dios se moviliza al respecto, como resultado de las oraciones de su pueblo. Así, pues, hay un círculo de influencia que opera en la abertura de un país al evangelio.

La Historia del pueblo de Israel nos da un ejemplo claro de lo que queremos decir. Cuando los reyes eran temerosos de Dios y decidían servir a Dios, todo el país recibía la influencia y la bendición. Sin embargo, en muchas ocasiones eran la piedra de tropiezo para que la bendición no alcanzara a las multitudes. En el tiempo de los Jueces, el pueblo clamaba a Dios y el Señor respondía, enviando a un líder que liberara a su pueblo de la esclavitud y la opresión. Por su parte la iglesia primitiva tuvo una fuerte oposición de parte del Imperio Romano en diferentes momentos de su avance, sin embargo, el Señor usó las persecuciones para que el evangelio se extendiera aun más. Así, pues, el resumen que podemos sacar es que la iglesia tiene armas a su alcance para poder influir en todo un país, y en el Gobierno del mismo; con el fin de que el evangelio sea proclamado a todas las personas.

3. Las autoridades religiosas. (La religiosidad)

Esto parece una contradicción, pero es una triste realidad de la Historia del Cristianismo desde los días de Jesús. Cuando hablamos de autoridades religiosas nos estamos refiriendo a todos aquellos líderes de congregaciones que han perdido la unción, la visión y el amor por las almas. Se han afincado en la silla que les da comodidad y poder; y desde esa postura impiden a las multitudes hambrientas de la Palabra de Dios que reciban el alimento espiritual que les da vida. Jesús dijo de ellos:

"... Cerráis el reino de los cielos delante de los hombres, pues ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los que están entrando" (Mateo, 23:13).

Las autoridades religiosas fueron los mayores enemigos que enfrentó Jesús en la tierra. De la misma manera, el Señor fue mas duro con ellos que con ningunos otros.

Los discípulos de la iglesia primitiva también tuvieron su máxima oposición de entre los religiosos de su tiempo. Quisieron impedirles que dejaran de predicar el Nombre de Jesús y la obra de redención.

“Hablando ellos al pueblo, vinieron sobre ellos los sacerdotes con el jefe de la guardia del templo, y los saduceos, resentidos de que enseñasen al pueblo, y anunciasen en Jesús la resurrección de entre los muertos. Y les echaron mano, y los pusieron en la cárcel hasta el día siguiente, porque era ya tarde. Pero muchos de los que habían oído la palabra, creyeron; y el número de los varones era como de cinco mil... Sin embargo, para que no se divulgue más entre el pueblo, amenacémosles para que no hablen de aquí en adelante a hombre alguno en este nombre” (Hch.4:1-4,17).

“Entonces levantándose el sumo sacerdote y todos los que estaban con él, esto es, la secta de los saduceos, se llenaron de celos; y echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la cárcel pública... diciendo: ¿No os mandamos estrictamente que no enseñaseis en ese nombre? Y ahora habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre” (Hch. 5:17, 18,28).

En el tiempo de la Reforma eran los mismos clérigos y monjes los que torturaban y entregaban al brazo secular, para ser quemados, a aquellos que predicaban la Palabra de Dios en contra de la impiedad religiosa que había invadido el Cristianismo. Esto parece ser un principio que ha operado en todos los tiempos. Podemos revisar los avivamientos diversos de la Historia y ver que siempre fue el sistema religioso el que se opuso con más saña al fluir del Espíritu Santo y el avance del Reino de Dios. En nuestros días ocurre lo mismo. Las denominaciones están mas preocupadas de salvaguardar sus propios intereses denominacionales que en extender el evangelio por todo el mundo.

4. La incredulidad.

Ante una situación como la expuesta anteriormente, es lógico que nos invada la incredulidad y el escepticismo actual, viendo el desorden que reina entre los llamados “dirigentes religiosos”. Cuando la incredulidad se ha arraigado en el corazón del hombre lo deja inutilizado para no recibir las palabras de vida eterna. Jesús enfrentó con dolor esta realidad entre los suyos, los más cercanos a él.

“A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Jn. 1:11).

Pero mientras la incredulidad invade a muchos, Dios derrama la fe del

cielo sobre el pueblo que le ama y le conoce. En los momentos de máxima ceguera espiritual, Dios actúa levantando a sus siervos con una fe renovada que brota del corazón para influir en todo el pueblo y en todas las naciones. Esto es lo que ocurre en nuestros días. No es nada nuevo. Recordemos las situaciones y circunstancias que rodeaban a estos hombres que Dios levantó: Noé, Abraham, José, Moisés, Josué, Samuel, Elías, Jeremías, Jesús... Si además hiciéramos un recorrido por la Historia de la Iglesia veríamos este mismo principio en acción.

"... Donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia" (Ro.5:20).

Llevar A Cabo La Gran Comision Es Obedecer Los Dos Grandes Mandamientos Del Señor.

La vida cristiana se puede resumir en una sola cosa: Obedecer a Dios. Hemos sido elegidos y salvados para obedecer a Dios.

"Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas"
(1 P.1:1,2).

"Porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera"
(1 Ts.1:9,10).

El pueblo de Israel fue elegido para obedecer a Dios y llevar a cabo su obra dándole a conocer a las naciones. Cuando el pueblo de Dios deja de obedecer el mandato del Señor ha perdido su razón de ser y existir. Con la iglesia ocurre lo mismo. La iglesia ha sido llamada para llevar a cabo la gran comisión en el mundo. Esta obra es el resultado de obedecer a Dios en los dos grandes mandamientos. ¿Cuáles son?

"... El mas importante es: Oye, Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor no es; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con toda tu fuerza. El segundo es éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandamiento mayor que estos"
(Marcos, 12:28-34).

De estos dos grandes mandamientos se desprenden tres verdades esenciales que todo cristiano debe conocer y vivir plenamente. Estas tres verdades son las siguientes:

1. "El Señor nuestro Dios es Uno".

Cuando salimos para llevar a cabo la gran comisión debemos saber a que Dios estamos sirviendo y anunciando. Debemos haberle conocido primeramente.

“Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Jn.6:69).

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocantes al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Jn.1:1-3).

El Dios de la Biblia es Un sólo Dios que se manifiesta en tres Personas distintas, y ambas forman una unidad indisoluble e inseparable. Las Tres Personas se manifiestan ampliamente en las Escrituras con diferentes funciones. En cuanto a la salvación del hombre podemos resumirlo de esta manera:

- * El Padre ama al mundo de tal manera que envía a Su Hijo a la tierra.
- * El Hijo se ofrece voluntariamente para llevar a cabo el plan de redención.
- * El Espíritu Santo viene para revelar al hombre la obra de Dios y capacitarle para realizar el plan de Dios con él.

Hay mucho mas que podemos decir sobre la Divinidad, sin embargo, no es el tema que estamos tratando; aunque es de vital importancia para llevar a cabo la misión que se nos ha encomendado. Es necesario conocer y saber quién es Dios. (Para ampliar este tema se puede pedir el libro titulado DIOS TRINO, también disponible en la Web www.dci.org.uk).

2. “... Y amarás al Señor tu Dios con...”

La segunda verdad que encontramos en los dos mandamientos del Señor es esta: Amar a Dios. ¿Cómo hacerlo? Jesús dio también la respuesta.

- * Con todo tu corazón
- * Con toda tu alma
- * Con toda tu mente
- * Con todas tus fuerzas

En esta respuesta está incluido todo el ser humano: Cuerpo, alma y espíritu. Cuando llevamos a cabo la gran comisión lo estamos haciendo

como resultado de nuestro amor a Dios. Ese amor lo expresamos en cada área de nuestro ser, poniendo todo lo que somos en su realización. El amar a Dios viene como respuesta a Su gran amor por el hombre. Viene después de haber palpado y experimentado la salvación tan grande que Él nos ha dado, y sus muchas misericordias.

“Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda trasgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad” (He.2:1-4).

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Ro. 12:1).

Dios nos ha dado todo lo que tenía, lo mejor que tenía, Su Hijo; y espera de nosotros una respuesta similar. De ahí el mandamiento: “Con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas”. Veamos lo que incluyen estos cuatro “todos”.

“Con todo tu corazón”.

El corazón es la parte central del ser humano, su ser interior, su espíritu, el hombre oculto del corazón. (1 Pedro.3:4 -Versión de las Américas). Es el centro de la actividad real del hombre. De allí brota la sinceridad y pureza de nuestro servicio a Dios.

“Con toda tu alma”.

Incluye los sentimientos, la vida emocional, tu voluntad, el ánimo y la motivación. Servir a Dios de esta manera es ser un cristiano ferviente, que arde con fuego y alegría por Dios.

“En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor” (Ro.12:11).

“Servid a Dios con alegría” (Sal.100:2).

Este es el cristianismo que Dios está restaurando en Su iglesia. Un pueblo que se entrega plenamente a obedecer Su voz.

“Con toda tu mente”.

Nuestra mente renovada, llena de la Palabra de Dios y limpia de mala conciencia. Incluye la capacidad intelectual y académica. La mente no es la que dirige al cristiano, sin embargo, la ha puesto al servicio de Dios. "Con todas tus fuerzas". Es la parte física. Nuestro cuerpo debe servir a Dios y amarle con todas las energías de que disponemos. Llevar a cabo la gran comisión requiere un gran esfuerzo físico por parte de la persona. La sociedad moderna y acomodada ha influido tremendamente, y de forma negativa, en la entrega total al servicio de nuestro Salvador. La iglesia tiene que saber que nuestro amor a Dios incluye poner todas las fuerzas de que disponemos a su servicio.

3. "... Y amaras a tu prójimo como a ti mismo"

Llevar a cabo la gran comisión en el mundo es amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Llevarles el mensaje de salvación es el bien más preciado que podemos dar a nuestra generación, aunque por un tiempo no comprendan la trascendencia de tal amor.

Es el amor por su salvación eterna, el amor que les libra de la separación para siempre de la comunión con Dios, del infierno. La persona que experimenta la salvación en Cristo, es como aquella mujer que había perdido una moneda de plata, y al encontrarla reúne a sus vecinas para que se alegren con ella (Lc.15).

Cuando naces de nuevo y disfrutas de la comunión con Dios vas gozoso a tus familiares a contárselo y compartirlo, porque quieres hacerles partícipes de tu bendición. Esa actitud brota de un corazón que ama a Dios y a su prójimo. En ocasiones recibimos una actitud negativa y de desprecio al hacerlo. Es cuando el amor hacia ellos se hace más duro para nosotros. Esa fue la clase de amor que Jesús tuvo al venir al mundo.

"A los suyos vino, y los suyos no le recibieron, pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Jn.1:11 ,12).

Por otra parte, nuestra entrega del evangelio no está desvinculada del amor práctico hacia el prójimo en aspectos sociales. Podemos resumirlo, diciendo que obedecer a Dios en sus dos grandes mandamientos es llevar a cabo la gran comisión.

Conclusiones

Llevar a cabo la gran comisión en todos sus aspectos y a todas las naciones, trae consigo la restauración de todas las cosas.

"Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros

pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo” (Hch.3: 19-21).

La restauración de todas las cosas trae consigo la venida en gloria y poder de nuestro Amado Salvador Jesucristo.

© Revisado y actualizado: Enero – 2007

En Cristo:

Pastor Virgilio Zaballos.
Terrassa, Barcelona, España

vzaballos@hotmail.com



Editado gratuitamente por La Fundación DCI, Inglaterra.
En movimiento global 1985 – 2007

<http://www.dci.org.uk>